

La Revista Blanca

SOCIOLOGÍA. CIENCIA Y ARTE

Año II Núm. 28. - Segunda época

SARDAÑOLA-BARCELONA

15 de Julio de 1924

SUMARIO: *El Hombre y la Tierra* (continuación): Eliseo Reclus. — *La libertad y la moralidad políticas en Italia*: León Fouglitti. — *Efemérides del pueblo*: Soledad Gustavo. — *Problema de estética y de sentimiento*: Federica Montseny. — *El arte literario francés*: Jacques Desclouze. — *Evolución física de la Tierra*: Adrián del Valle. — *La idea anarquista; su pasado, su porvenir* (I): Max Nettlau. — *Panaít Istrati*: Albert Delaville. — *Divulgaciones históricas* (IV y último): M. Soriano de Numancia. — *Curiosidades históricas y científicas*: El Bachiller de Salamanca. — *El último Quijote*, novela (Cont.): F. Urales. **EN LAS CUBIERTAS:** *Observaciones a dos artículos*: Un profesor de la Normal. — *Comentarios*. — *Idea alta* (poesía): Solano Palacio. — *Los vampiros de la Prensa pobre*. — *Rodando por el mundo*: Hipatia. — *La sagrada misión de la topa*: Diógenes. — *Notas administrativas*.

EL HOMBRE Y LA TIERRA

ELISEO RECLUS

(Continuación)

Todos los viajeros que visitamos las montañas durante la bella estación y que nos complacemos en respirar el aroma de las hierbas, en coger las brillantes flores de las laderas, en pasear a orillas de los torrentes, bajo las ramas de los álamos, no solemos tratar de imaginarnos lo que fué la vida de los montañeses primitivos, lo que es la de sus descendientes encerrados en esos altos reductos, tan pintorescos y agradables en verano.

Caminos sinuosos, trazados serpenteando sobre precipicios, hasta ferrocarriles atravesando promontorios en galerías bajo las rocas, nos conducen a esos pequeños universos, cerrados en otro tiempo, donde, cansados de la vida, rendidos de cuerpo y de espíritu, vamos a restablecer nuestro equilibrio físico, intelectual y moral. Sobre esas alturas todo nos parece bello, pero los naturales saben cuán dura es la existencia en esos estrechos dominios. Lo mismo que en las regiones polares, hay valle de los Alpes privado de sol durante una parte del año, y la claridad de invierno no da un rayo directo, una luz franca: no se nota sino una disminución de la obscuridad nocturna. A lo lejos, detrás de las altas crestas, se extiende el reflejo del astro amado, y al mediodía las gentes del valle siguen con mirada ansiosa el resplandor de aurora que allá arriba toca el perfil de la montaña, después se debilita y se extingue poco a poco, dejando una triste penumbra sobre las formas cadavéricas de los bajos fondos. En los altos valles de los mon-

tes, lo mismo que en los archipiélagos del océano Glacial, «la obscuridad es más difícil de soportar que el frío».

¡Qué alegría para esas gentes de la sombra cuando el astro, en la primavera, muestra su limbo superior, después su disco entero, apareciendo como un dios, y seguramente adorado como tal! En el Valle Godemar, los habitantes de la villa de los Andrieux se reunían en otro tiempo al fin del verano en el puente de su torrente, y después, pasados los 102 días de desaparición—desde el 1.º de noviembre al 10 de febrero,—cuando el sol mostraba nuevamente su disco de oro, le ofrecían una tortilla redonda, como para imitar, lo mejor posible, por aquella grosera imagen, la forma y el color de la divinidad y hacérsela así favorable para todos los pobres productos de su infecundo suelo (52).

A la falta de luz, corresponde la falta de salubridad: el hombre se desarrolla mal al pie de las pendientes siempre sombrías y húmedas; sus articulaciones se entumescen, se vuelve raquítico y frecuentemente se le desarrollan paperas, puede descender hasta el cretinismo. Los países de las montañas son siempre los que cuentan mayor número de achacosos de toda especie: escrofulosos, cojos, ciegos y sordos. Hay villa en los Alpes que tenía antes, y con justicia, el nombre de «Villard-Goltreux»; los

(52) Ladoucette, *Histoire... des Hautes-Alpes*.